



 Hilary  
Mantel Una reina  
en el estrado

DESTINO

«¿Acaso no soy un hombre como los demás?  
¿No lo soy? ¿No lo soy?»

ENRIQUE VIII a Eustache Chapuys,  
embajador del Imperio español



# Primera parte



# I

## Halcones

WILTSHIRE, SEPTIEMBRE DE 1535

Sus hijas caen del cielo. Él observa desde la silla del caballo, atrás se extienden acres y más acres de Inglaterra; caen, las alas doradas, una mirada llena de sangre cada una. *Grace Cromwell* revolotea en el aire tenue. Es silenciosa cuando atrapa su presa, y silenciosa cuando se desliza en su puño. Pero los ruidos que hace entonces, el susurrar y el crujir de plumas, el suspiro y el roce del ala, el pequeño cloqueo de la garganta, éstos son sonidos de reconocimiento, íntimos, filiales, casi reprobatorios. Tiene franjas de sangre en el pecho y le cuelga carne de las garras.

Más tarde Enrique dirá: «Tus niñas vuelan bien hoy». El halcón *Anne Cromwell* salta en el guante de Rafe Sadler, que cabalga al lado del rey en tranquila conversación. Están cansados; cae el sol y regresan cabalgando a Wolf Hall, las riendas flojas sobre el cuello de las monturas. Mañana saldrán su esposa y sus dos hermanas. Esas mujeres muertas, sus huesos sepultados hace mucho en el barro de Londres, han transmigrado ahora. Se deslizan ingravidas por las corrientes superiores del aire. No dan lástima a nadie. No responden a nadie. Llevan vidas sencillas. Cuando miran abajo no ven más que su presa, y las plumas prestadas de los cazadores: ven un universo revoloteante en fuga, un universo ocupado todo él por su comida.

Todo el verano ha sido así, un torbellino de desmem-

bramamiento, piel y pluma volando; pegando a los perros de caza para que se retiren y fustigándolos para estimularlos, acariciando los caballos cansados, los cuidados, por los gentilhombres, de contusiones, torceduras y ampollas. Y durante unos cuantos días al menos, ha brillado sobre Enrique el sol. En algún momento de antes del mediodía, llegaron presurosas nubes del oeste y cayó la lluvia en grandes gotas perfumadas; pero volvió a salir el sol con un calor tórrido, y tan claro está ahora que si miras arriba puedes ver hasta el Cielo por dentro y observar lo que están haciendo los santos.

Cuando desmontan, entregando los caballos a los mozos de establo y aguardando al rey, su pensamiento está ya trasladándose a los asuntos del gobierno: despachos de Whitehall, traídos al galope por las rutas de correo que se trazan por dondequiera que la corte va. Durante la cena con los Seymour escuchará respetuosamente cualquier historia que sus anfitriones quieran contar: cualquier cosa que el rey pueda aventurar, desgreñado, feliz y cordial como parece estar esta noche. Cuando el rey se haya ido a la cama, empezará su noche de trabajo.

Aunque ha terminado ya el día, Enrique no parece inclinado a entrar en la casa. Se queda inmóvil mirando alrededor, aspirando el sudor del caballo, con la ancha franja rojiza de una quemadura del sol cruzándole la frente. Ese día, a primera hora, perdió el sombrero, así que, siguiendo la costumbre, los otros cazadores de la partida se vieron obligados a quitarse el suyo. El rey rechazó todos los sombreros que le ofrecieron para sustituir el perdido. Mientras la oscuridad invade furtiva bosques y campos, habrá sirvientes buscando el temblor de una pluma negra entre la hierba oscura, o el brillo de su enseña de cazador, un san Huberto con ojos de zafiro.

Se siente ya el otoño. Sabes que no habrá muchos más días como éstos; quedémonos pues así, los caballeros de Wolf Hall hormigueando a nuestro alrededor,

Wiltshire y los condados del oeste extendiéndose en una bruma de azul; quedémonos así, con la mano del rey en el hombro, la expresión vehemente de Enrique mientras recorre hablando el paisaje del día, los verdes sotos, las rápidas corrientes y los alisos de la orilla, la niebla temprana que se alzó a las nueve; el breve chaparrón, el viento suave que amainó y se asentó; la quietud, el calor de la tarde.

—¿Cómo es que vos no os habéis quemado, señor? —pregunta Rafe Sadler. Pelirrojo como el rey, se ha vuelto de un rosa pecoso y moteado y hasta parece tener llagados los ojos. Él, Thomas Cromwell, se encoge de hombros; le echa un brazo por encima de los hombros a Rafe mientras se encaminan al interior de la casa. Recorrió toda Italia (tanto el campo de batalla como la sombreada palestra de la contaduría) sin perder la palidez londinense. Su infancia rufianesca, los tiempos del río, los de los campos: le dejaron tan blanco como le hizo Dios.

—Cromwell tienen una piel de lirio —proclama el rey—. El único detalle en que se parece a ésa o a cualquier otra flor.

Se encaminan a cenar bromeando con él.

El rey había dejado Whitehall la semana de la muerte de Thomas Moro, una semana de julio desdichada de lluvia constante en que las huellas de los cascos de los caballos del séquito regio se hundían profundamente en el barro mientras seguían su camino hasta Windsor. Han hecho luego un recorrido de los condados del oeste; los ayudantes de Cromwell, tras complimentar los asuntos del rey en Londres, se reúnen con el séquito a mediados de agosto. El rey y sus acompañantes duermen seguros en casas nuevas de ladrillo rosado, en casas viejas cuyas fortificaciones se han desmoronado o han sido derribadas, y en castillos fantásticos como de juguete, castillos de imposi-



ble fortificación, con muros que una bala de cañón atravesaría como si fuesen de papel. Inglaterra ha disfrutado de cincuenta años de paz. Ése es el pacto de los Tudor; lo que ellos ofrecen es paz. Todos se esfuerzan por mostrar al rey su mejor aspecto, y hemos visto estas últimas semanas enyesados rápidos fruto del pánico, trabajos de mampostería precipitados, en que los anfitriones se apresuran a desplegar la rosa de los Tudor al lado de sus propias divisas. Buscan y borran cualquier rastro de Catalina, la reina que fue, destrozan a martillazos las granadas de Aragón, sus segmentos fragmentados y sus aplastadas semillas diseminadas. En vez de eso (si no da tiempo a tallar) se pinta toscamente encima de los blasones el halcón de Ana Bolena.

Hans se ha unido a ellos en la excursión, y ha hecho un dibujo de Ana, la reina, pero a ella no le complació; ¿cómo se la puede complacer en estos días? Ha dibujado a Rafe Sadler, con su limpia barbita y su boca firme, su sombrero a la moda, con un disco emplumado en precario equilibrio sobre la cabeza trasquilada.

—Me hicisteis la nariz muy chata, señor Holbein —dice Rafe.

Y Hans dice:

—¿Y pensáis, señor Sadler, que voy a tener yo el poder de arreglar esa nariz vuestra?

—Se la rompió de niño —dice él— en las justas. Yo mismo le recogí de debajo de las patas del caballo, hecho una lástima, llorando y llamando a su madre. —Aprieta el hombro del muchacho—. Vamos, Rafe, ánimo. Yo creo que estás muy guapo. Acuérdate de lo que Hans me hizo a mí.

Thomas Cromwell tiene ahora unos cincuenta años. El cuerpo de un trabajador, fornido, útil, con tendencia a engordar. El cabello, negro, le empieza a encanecer, y debido a su piel pálida e impermeable, que parece hecha para soportar la lluvia además del sol, la gente dice, burlándose, que su padre era irlandés, aunque en realidad

era un cervecero y herrero de Putney, y también tundidor, un hombre que sabía hacer de todo, amigo de pendencias y peleas, un hombre al que llevaban a rastras a menudo ante los jueces por pegarle a alguien, por engañar a alguien. Cómo el hijo de un hombre así ha alcanzado su eminencia actual es algo que toda Europa se pregunta. Unos dicen que subió con los Bolena, la familia de la reina. Otros que fue sólo a través del difunto cardenal Wolsey, su patrón; Cromwell gozó de su confianza e hizo dinero para él y conoció sus secretos. Otros dicen que frecuenta la compañía de hechiceros. Estuvo fuera del reino desde la niñez, fue soldado mercenario, mercader de lana, banquero. Nadie sabe dónde ha estado y a quién ha conocido, y él no tiene ninguna prisa por contarlo. Se entrega siempre sin reserva al servicio del rey, conoce su valor y sus méritos, y se asegura de que se vean recompensados: cargos, emolumentos y títulos de propiedad, mansiones rurales y granjas. Sabe conseguir lo que quiere, tiene un método; hechizará a un hombre o le sobornará, le persuadirá con lisonjas o le amenazará, le explicará cuáles son sus verdaderos intereses, y presentará a ese mismo hombre aspectos suyos que él ignoraba que existiesen. El señor secretario trata todos los días con grandes que, si pudiesen, le aplastarían con un revés vindicativo, lo mismo que a una mosca. Sabedor de esto, se distingue por su cortesía, su sosiego y su dedicación infatigable a los asuntos de Inglaterra. No tiene la costumbre de explicarse. Ni la de comentar sus éxitos. Pero siempre que la buena suerte le ha visitado, estaba allí, esperando en el umbral, dispuesto a abrir la puerta a su tímido golpe en la madera.

En casa, en su hogar de Austin Friars, en la ciudad, su retrato cavila colgado en la pared; está envuelto en lana y piel, la mano cerrada alrededor de un documento, como si lo estuviese estrangulando. Hans había empujado una mesa detrás para tenerle atrapado y había dicho: «Thomas, no debes reírte»; y habían operado sobre esa

base, Hans tarareando mientras trabajaba y él mirando ferozmente a la media distancia. Cuando vio el retrato terminado dijo: «Dios mío, parezco un asesino»; y su hijo Gregory dijo: «¿No lo sabías?». Se han hecho copias para sus amistades, y para sus admiradores entre los evangélicos de Alemania. No se separará ya del original (no ahora que ha conseguido acostumbrarse a él, dice) y sucede así que entra en su vestíbulo y se encuentra con versiones de sí mismo en varias etapas de elaboración: un perfil esbozado, coloreado parcialmente. ¿Por dónde empezar con Cromwell? Los hay que empiezan por sus ojillos penetrantes, hay quien lo hace por el sombrero. Los hay que eluden el problema y pintan su sello y sus tijeras, otros eligen el anillo de turquesa que le dio el cardenal. Empiecen donde empiecen, el impacto final es el mismo: si tuviese un agravio contra ti, no te gustaría encontrarte con él una noche sin luna. Su padre Walter solía decir: «Mi chico, Thomas, mírale mal una vez y te sacará los ojos. Si le pones una zancadilla, te cortará una pierna. Pero, si no te interpones en su camino, es muy caballeroso. Y le pagará un trago a cualquiera».

Hans ha dibujado al rey, benigno, en sedas estivales, sentado después de cenar con sus anfitriones, las ventanas abiertas a los últimos cantos de los pájaros, las primeras velas llegando con las frutas escarchadas. En cada etapa de su recorrido, Enrique para en la casa principal, con la reina Ana. Su séquito duerme abajo, con la nobleza local. Es una cortesía usual que los anfitriones del rey, una vez al menos durante la visita, agasajen a estos invitados que lo acompañan, lo que introduce tensión en el orden doméstico. Él ha contado los carros de aprovisionamiento que llegan; ha visto las cocinas sumidas en un torbellino y ha estado abajo en esa hora gris verdosa de antes de amanecer, cuando se friegan los hornos de ladrillo, dejándolos listos para la primera tanda de hogazas, y se clavan en los espetones las piezas abiertas en canal, se asientan las ollas en las trébedes, se despluma y

despieza la volatería. Su tío era cocinero de un arzobispo, y él andaba de niño por las cocinas de Lambeth Palace; conoce todos los entresijos del asunto y no se puede dejar nada al azar tratándose del bienestar del rey.

Estos días son perfectos. La luz clara y serena resalta cada baya que brilla en los setos. Cada hoja de árbol cuelga, con el sol detrás, como una pera dorada. Cabalgando hacia el oeste en plena canícula, nos hemos sumergido en selváticos cotos y hemos coronado las campas, accediendo a ese terreno alto donde, incluso con dos condados de por medio, puedes percibir la presencia cambiante del mar. En esta parte de Inglaterra dejaron sus terraplenes, sus túmulos y sus piedras enhiestas nuestros antepasados los gigantes. Aún tenemos, todos los ingleses y todas las inglesas, unas gotas de sangre de gigante en las venas. En aquellos tiempos antiguos, en una tierra no expoliada por las ovejas ni por el arado, ellos cazaban el jabalí y el alce. El bosque se extendía ante uno durante días y días. A veces se desentierran armas antiguas: hachas que, manejadas a dos manos, podían cortar de arriba abajo caballo y jinete. Piensa en los grandes miembros de aquellos muertos, que se agitan aún bajo la tierra. Eran guerreros por naturaleza, y la guerra está dispuesta siempre a volver otra vez. No es sólo en el pasado cuando cabalgas por estos campos. Piensas en lo que está latente en la tierra, en lo que está engendrando; son los tiempos que vienen, las guerras no libradas aún, las heridas y muertes que, como semillas, la tierra de Inglaterra mantiene calientes. Uno pensaría, mirando a Enrique cuando se ríe, mirando a Enrique cuando reza, mirándole conducir a sus hombres a través del sendero del bosque, que se asienta en su trono tan seguro como se asienta en su caballo. Las miradas pueden engañar. De noche, yace despierto; mirando fijamente las vigas talladas del techo; enumera sus días. Dice: «Cromwell, Cromwell, ¿qué haré? Cromwell, líbrame del emperador. Cromwell, líbrame del papa». Luego llama a su ar-

zobispo de Canterbury, Thomas Cranmer, y exige saber: «¿Está mi alma condenada?».

El embajador del emperador, Eustache Chapuys, espera diariamente en Londres la noticia de que el pueblo de Inglaterra se ha levantado contra su rey, impío y cruel. Es una noticia que desea encarecidamente oír, y que dedicaría trabajo y buen dinero a conseguir que se hiciese verdad. Su señor, el emperador Carlos, es el soberano de los Países Bajos así como de España y sus tierras del otro lado del mar; Carlos es rico y, de vez en cuando, se enfurece porque Enrique Tudor se ha atrevido a dejar a un lado a su tía, Catalina, para casarse con una mujer a la que el pueblo, en las calles, llama «la puta de ojos saltones». Chapuys está exhortando a su señor en despachos urgentes a invadir Inglaterra, a unirse con los rebeldes, pretendientes y descontentos del reino, y a conquistar esta isla impía cuyo rey, por una decisión del Parlamento, ha aprobado su propio divorcio y se ha declarado a sí mismo Dios. El papa no se toma nada bien que se burlen de él en Inglaterra y le llamen simplemente «obispo de Roma», que le corten sus ingresos y los canalicen hacia los cofres de Enrique. Una bula de excomunión, redactada pero no promulgada aún, se cierne sobre Enrique, lo que lo convertiría en un descastado entre los reyes cristianos de Europa, a los que se invita, de hecho, se anima, a cruzar el Canal o la frontera escocesa y apoderarse de cualquier cosa suya. Tal vez acabe viniendo el emperador. Tal vez venga el rey de Francia. Tal vez vengan juntos. Sería grato poder decir que estamos preparados para hacerles frente, pero la realidad es de otro modo. En caso de una incursión armada tendremos que desenterrar los huesos de los gigantes para atizarles en la cabeza con ellos, porque andamos escasos de suministros de guerra, escasos de pólvora, escasos de acero. Eso no es culpa de Thomas Cromwell; como dice Chapuys, sonriendo, el reino de Enrique estaría en mucha mejor situación si se hubiese puesto a Cromwell al cargo hace cinco años.

Si quisieses defender Inglaterra, y él querría (pues saldría a combatir también, espada en mano), deberías saber lo que es Inglaterra. En el calor de agosto, se ha detenido con la cabeza descubierta junto a las tumbas talladas de los antepasados, hombres con armaduras *cap à pie* de placas y eslabones, las manos cubiertas con guanteletes unidas y apoyadas en las sobrecotas, los pies cubiertos de malla reposando sobre lebreles, grifos y leones de piedra: hombres de piedra, hombres de acero, sus blandas esposas encajonadas a su lado como caracoles en sus conchas. Creemos que el tiempo no puede tocar a los muertos, pero toca sus tumbas, dejándolos chatos y con muñones por dedos por los accidentes y la atrición del tiempo. Un pequeño pie desmembrado (como de un querubín genuflexo) emerge de una extensión de cortina; la punta de un pulgar cortado yace sobre un cojín tallado. «Debemos reparar a nuestros antepasados el año que viene», dicen los lores de los condados del oeste: pero sus escudos y soportes, sus blasones y tenantes se mantienen siempre recién pintados, y cuando hablan embellecen las proezas de sus ancestros, explican quiénes fueron y lo que tenían: «Las armas que mi antepasado llevó en Agincourt, la copa que Juan de Gante donó a mi antepasado con su propia mano». Si en las últimas guerras de York y Lancaster, sus padres y abuelos eligieron el bando equivocado, no hablan de ello. Una generación después, los errores deben ser perdonados, las reputaciones rehechas; de otro modo Inglaterra no podría seguir adelante, se mantendría girando en espiral hacia atrás, en el sucio pasado.

Él, por supuesto, no tiene ningún antepasado: no del género de esos de los que te puedes enorgullecer. Hubo una vez una familia noble llamada Cromwell, y cuando él entró al servicio del rey los heraldos le instaron a que, para guardar las apariencias, adoptase su escudo de armas. «Pero yo no soy noble —dijo educadamente—, y no quiero blasones.» Había huido de los puños de su pa-

dre cuando no tenía más de quince años; había cruzado el Canal, servido en el ejército del rey francés. Llevaba luchando desde que había aprendido a andar; y si vas a luchar, ¿no es mejor que te paguen por ello? Hay oficios más lucrativos que el de soldado, y los descubrió. Así que decidió no apresurarse a volver a casa.

Y ahora, cuando sus anfitriones con título quieren consejo sobre el emplazamiento de una fuente, o un grupo de las Tres Gracias bailando, el rey les dice: «Cromwell es vuestro hombre, él ha visto cómo hacen las cosas en Italia», y lo que hará para ellos lo hará para Wiltshire. A veces el rey abandona un lugar sólo con los jinetes de su séquito, y la reina queda atrás con sus damas y músicos, mientras Enrique y unos pocos escogidos recorren el país cazando, afanosos. Y así es como llegan a Wolf Hall, donde el viejo sir John Seymour está esperando para darles la bienvenida, en medio de su floreciente familia.

—Yo no sé, Cromwell —dice el viejo sir John; le coge del brazo, cordial—, todos esos halcones con los nombres de mujeres muertas..., ¿no os descorazona?

—Yo nunca me siento descorazonado, sir John. El mundo es demasiado bueno para mí.

—Deberíais casaros de nuevo, y tener otra familia. Tal vez encontréis una novia mientras estáis con nosotros. En el bosque de Savernake hay jóvenes lozanas.

—Aún tengo a Gregory —dice él, mirando atrás por encima del hombro para ver a su hijo; siempre está un poco preocupado con Gregory.

—Ah —dice Seymour—, los muchachos están muy bien, pero un hombre necesita hijas también, las hijas son un consuelo. Mirad a Jane. Una chica tan buena.

Mira a Jane Seymour tal como su padre le indica. La conoce bien de la corte, cuando era dama de honor de Catalina, la reina anterior, y de Ana, la que es reina ahora; es una joven sencilla con una palidez plateada, un hábito de

silencio y la artimaña de mirar a los hombres como si representasen una sorpresa desagradable. Lleva perlas y brocado blanco, bordado con tiesos brotecillos de claveles. Él identifica un gasto extraordinario; dejando a un lado las perlas, no podrías vestirla de ese modo por mucho menos de treinta libras. No es extraño que se mueva con una preocupación tan cuidadosa, como una niña a quien le han dicho que no se derrame algo por encima.

El rey dice:

—Jane, ahora que te vemos en tu casa, con tu gente, ¿vas a ser menos tímida? —y toma la mano de ratoncito de ella en su manaza—. En la corte nunca conseguimos sacarle una palabra.

Jane alza los ojos para mirarle, sonrojándose desde el cuello a la línea del cabello.

—¿Habéis visto alguna vez un rubor como éste? —pregunta Enrique—. Nunca, a menos que se trate de una doncellita de doce años.

—No puedo pretender tener doce años —dice Jane.

En la cena, el rey se sienta junto a lady Margery, su anfitriona. Era una beldad en sus tiempos, y por la atención exquisita del rey dirías que aún sigue siéndolo; ha tenido diez hijos, y seis de ellos aún viven, y tres están en esta habitación. Edward Seymour, el heredero, es de cabeza alargada, expresión seria, perfil fiero y limpio: un hombre guapo. Es persona leída si es que no docta, se aplica a cualquier tarea que se le encomiende; ha estado en la guerra, y, mientras espera a combatir de nuevo, se desenvuelve bien en la caza y en las justas. El cardenal, en sus tiempos, decía que estaba por encima del nivel usual entre los Seymour; y él mismo, Thomas Cromwell, le ha sondeado y descubierto en todos los aspectos a un hombre del rey. Tom Seymour, el hermano más joven de Edward, es ruidoso y bullanguero y más interesante para las mujeres; cuando entra en una habitación las vírgenes ríen, y las jóvenes matronas bajan la cabeza y le examinan por debajo de las pestañas.



El viejo sir John es un hombre con un notorio y peculiar sentimiento de familia. Dos, tres años, atrás, toda la corte murmuraba que había montado a la esposa de su hijo, no una vez en el calor de la pasión sino repetidamente, desde que era una recién casada. La reina y sus confidentes habían difundido la historia por la corte. «Hemos calculado ciento veinte veces —había dicho Ana con risa socarrona—. En fin, lo ha dicho Thomas Cromwell, y él es muy bueno con los números. Suponemos que se abstienen el domingo por vergüenza y que aflojan el ritmo en Cuaresma.» La esposa traidora dio a luz dos muchachos, y, cuando salió a la luz su conducta, Edward dijo que no los consideraría sus herederos, porque no podía estar seguro si eran hijos suyos o hermanastros. A la adúltera la recluyeron en un convento, y pronto tuvo la deferencia de morir. Ahora Edward tiene una nueva esposa, que cultiva unos modales adustos y lleva siempre en el bolsillo una aguja de coser por si su suegro se acerca demasiado.

Pero eso está perdonado, está perdonado. La carne es frágil. Esta visita real sella el perdón del buen anciano. John Seymour tiene mil trescientos acres, que incluyen un parque de ciervos; la mayor parte del resto está entregado a las ovejas y da dos chelines por acre al año, proporcionándole claramente un veinticinco por ciento de lo que esos mismos acres producirían si se entregasen al arado. Esas ovejas son animales pequeños, de cara negra, cruzados con el ganado de montaña galés, un carnero cartilaginoso pero de lana bastante buena. A su llegada, el rey (está en vena bucólica) dice: «Cromwell, ¿qué pesará ese animal?»; él responde, sin cogerlo: «Treinta libras, señor». Francis Weston, un joven cortesano, dice con una risilla: «El señor Cromwell fue esquilador en otros tiempos. No puede equivocarse».

El rey dice: «Seríamos un país pobre sin nuestro comercio de lana. Que el señor Cromwell conozca el negocio no va en descrédito suyo».

Pero Francis Weston se ríe tapándose la boca con la mano.

Mañana, Jane Seymour va a cazar con el rey. «Yo creí que era sólo cosa de gentilhombres —oye cuchichear a Weston—. La reina se enfadaría si se enterase.» Y él murmura: «Procurad pues que no se entere, sed buen muchacho».

—En Wolf Hall somos todos grandes cazadores —se ufana sir John—. También mis hijas; pensarán que Jane es tímida pero pónganla en la silla y yo les aseguro, señores, que es la diosa Diana. Nunca agobié a mis hijas con el estudio. Aquí sir James les enseñó todo lo que necesitaban saber.

El sacerdote, que está al final de la mesa, asiente, muy complacido: un viejo imbécil de coronilla blanca con un ojo cegato. Él, Cromwell, se vuelve y le mira:

—¿Y fuisteis vos, sir James, el que las enseñasteis a bailar? Todos os alaban. He visto a la hermana de Jane, Elizabeth, en la corte, bailando con el rey.

—Ah, tienen un maestro para eso —dice el viejo Seymour con una risilla—. Maestro de baile, maestro de música, con eso tienen suficiente. Ellas no necesitan lenguas extranjeras. No van a ir a ningún sitio.

—Yo pienso de otro modo, señor —dice él—. Yo enseñé a mis hijas igual que a mi hijo.

A veces le gusta hablar de ellas, Anne y Grace, muertas hace ya siete años. Tom Seymour se ríe.

—¿Queréis decir que las adiestrasteis para las justas como a Gregory y al joven señor Sadler?

Él sonrío.

—Salvo en eso.

—No es raro —dice Edward Seymour— que las hijas de una casa de ciudad aprendan sus letras y algo más. Vos podríais haberlas necesitado en la contaduría. Son cosas que se oyen. Eso las hubiese ayudado a encontrar buenos maridos, una familia de comerciantes se alegraría de sus conocimientos.

—Imaginaos a las hijas del señor Cromwell —dice Weston—. Yo no me atrevo. Dudo que una contaduría pudiese contenerlas. Buena mano tendrían para empuñar una alabarda. Al hombre que las mirase le temblarían las piernas. Y no creo que porque se sintiesen asaltados por el amor.

Interviene Gregory. Es tan soñador que podría parecer que no ha estado siguiendo la conversación, pero su tono está encrespado de indignación.

—Ofendéis a mis hermanas y a su memoria, señor, y no las conocisteis. Mi hermana Grace...

Él ve que Jane Seymour extiende su manita y toca la muñeca de Gregory: se arriesgará, para salvarle, a atraer la atención de los presentes.

—Yo últimamente —dice— he adquirido cierto dominio de la lengua francesa.

—¿De veras, Jane? —Tom Seymour sonrío.

Jane baja la cabeza.

—Me está enseñando Mary Shelton.

—Mary Shelton es una joven bondadosa —dice el rey; y él ve por el rabillo del ojo que Weston le da con el codo a su vecino; dicen que Shelton ha sido buena con el rey en la cama.

—Así que ya veis, señores —dice Jane a sus hermanos—, que nosotras, las damas, no dedicamos todo el tiempo a la calumnia ociosa y al escándalo. Aunque bien sabe Dios que tenemos murmuraciones suficientes para ocupar a una ciudad entera de mujeres.

—¿Tantas tenéis? —dice él.

—Hablamos de quién está enamorado de la reina. Quién le escribe versos. —Baja los ojos—. Quiero decir, quién está enamorado de cada una de nosotras. Este gentilhomme o aquél. Conocemos a todos los pretendientes y hacemos inventario detallado, se sonrojarían si supiesen. Hablamos de las tierras que tienen y de cuánto les dan al año, y decidimos entonces si les dejaremos o no hacernos un soneto. Si no creemos que vayan a mante-

neros como corresponde, nos burlamos de sus rimas. Es cruel, lo confieso.

Él dice, un poco incómodo, que lo de escribir versos a las damas, incluso a las casadas, no tiene importancia, que en la corte es algo acostumbrado. Weston dice:

—Gracias por esas palabras tan amables, señor Cromwell, pensábamos que podríais intentar impedirnoslo.

Tom Seymour se ríe ostentosamente.

—¿Y quiénes son vuestros pretendientes, Jane?

—Si queréis saber eso, debéis poner os un vestido y coger vuestra labor de aguja y uniros a nosotras.

—Como Aquiles entre las mujeres —dice el rey—. Tendréis que afeitaros esa linda barba, Seymour, e ir a descubrir sus lascivos secretitos. —Se está riendo, pero no es feliz—. A menos que encontremos alguien más femenino para la tarea. Gregory, tú eres un muchacho guapo, aunque temo que tus manos grandes te delatarán.

—El nieto del herrero —dice Weston.

—Ese muchacho, Mark —dice el rey—. El músico, ¿lo conocéis? Tiene una linda apostura femenina.

—Oh —dice Jane—, Mark ya está con nosotras. Anda siempre holgazaneando sin hacer nada. Casi no lo consideramos un hombre. Si deseáis conocer nuestros secretos, debéis preguntar a Mark.

La conversación se desliza al galope en otra dirección; él piensa: nunca caí en la cuenta de que Jane tuviese nada que decir por sí misma; piensa: Weston estará pinchándome, sabe que en presencia de Enrique no le frenaré; imagina de qué forma debe frenarle cuando lo haga. Rafe Sadler le mira por el rabillo del ojo.

—Bueno —le dice el rey—, ¿será mañana mejor que hoy? —Para la mesa explica—: El señor Cromwell no puede dormir a menos que esté arreglando algo.

—Reformaré la conducta del sombrero de su majestad. Y de las nubes, antes del mediodía...

—Necesitábamos ese chaparrón. La lluvia nos refrescó.

—Que lo peor que envíe Dios a Su Majestad sea una mojadura —dice Edward Seymour.

Enrique se frota la marca de la quemadura del sol.

—El cardenal afirmaba que podía predecir el tiempo. «Una mañana bastante buena —decía—, pero a las diez aún estará más claro.» Y lo estaba.

Enrique hace esto a veces. Deja caer el nombre de Wosley en la conversación, como si no hubiese sido él, sino otro monarca, quien hubiese acosado al cardenal hasta empujarlo a la muerte.

—Hay hombres que tienen buen ojo para el tiempo —dice Tom Seymour—. Eso es todo, señor. No se trata de algo especial de los cardenales.

Enrique asiente, sonriendo.

—Eso es cierto, Tom. Nunca debería haberme dejado impresionar tanto por él, ¿verdad?

—Era demasiado orgulloso para ser un súbdito —dice el viejo sir John.

El rey mira hacia él a lo largo de la mesa, hacia Thomas Cromwell. Él estimaba al cardenal. Todos lo saben. Su expresión es tan cuidadosamente inexpresiva como una pared recién pintada.

Después de la cena, el viejo sir John cuenta la historia de Edgar el Apacible. Era el soberano de estas regiones hace muchos centenares de años, antes de que los reyes tuvieran números: cuando todas las doncellas eran hermosas y todos los caballeros galantes y apuestos, y la vida simple, violenta y normalmente breve. Edgar tenía pensada una esposa para él y envió a uno de sus condes para evaluarla. El conde, que era falso y astuto al mismo tiempo, mandó comunicar al rey que su belleza había sido muy exagerada por poetas y pintores; vista en la vida real, decía, era coja y bizqueaba. Quería que fuera

suya la tierna damisela, así que la sedujo y se casó con ella. Edgar, al descubrir la traición del conde, le tendió una emboscada en una arboleda que está cerca de aquí y le clavó una jabalina, matándolo de un solo golpe.

—¡Qué falso y que truhán era ese conde! —dice el rey—. Recibió su merecido.

—Era un villano más que un conde —dice Tom Seymour.

Su hermano suspira, como distanciándose del comentario.

—¿Y qué dijo la dama? —pregunta él, Cromwell—. Cuando encontró ensartado al conde...

—La damisela se casó con Edgar —dice sir John—. Se casaron en el bosque y vivieron felices después.

—Supongo que ella no tenía elección —suspira lady Margery—. Las mujeres no tienen más remedio que adaptarse.

—Y la gente del país dice —añade sir John— que ese conde traidor aún anda por el bosque, gimiendo e intentando arrancarse la lanza del vientre.

—Hay que ver —dice Jane Seymour—. Y cualquier noche de luna puedes mirar por la ventana y verle, dando tirones a la lanza y quejándose sin parar. Por suerte yo no creo en fantasmas.

—Más tonta sois, hermana —dice Tom Seymour—. Se os acercarán sin que os deis cuenta.

—De todos modos —dice Enrique, y remeda un lanzamiento de jabalina: aunque con la mesura que se debe en la mesa—. Un golpe limpio. Debía de tener buen brazo el rey Edgar.

Él dice, él, Cromwell:

—Me gustaría saber si ese cuento está escrito, y si lo está, por quién, y si lo escribió bajo juramento.

El rey dice:

—Cromwell habría llevado al conde ante un juez y un jurado.

—Bendito sea Dios, Majestad —dice riéndose sir

John—, yo no creo que en aquellos tiempos los tuviesen.

—Cromwell habría encontrado uno. —El joven Weston se inclina hacia delante para hacer su comentario—. Acabaría sacando un jurado de un brote de setas. El conde no tendría salvación, lo juzgarían y luego se lo llevarían y le cortarían la cabeza. Dicen que en el juicio de Thomas Moro, aquí el señor secretario auxilió al jurado en sus deliberaciones. Cuando estaban sentados cerró la puerta y les dijo lo que había que hacer. «Permítanme que les saque de dudas —explicó a los miembros del jurado—. Su tarea es encontrar culpable a sir Thomas, y ninguno de ustedes cenará hasta que lo haya hecho.» Luego salió y cerró la puerta y se quedó esperando fuera con un hacha en la mano, por si alguien intentaba escapar en busca de un budín hervido; y como para los londinenses lo primero es la tripa, en cuanto la sintieron gruñir exclamaron: «¡Culpable! ¡Es todo lo culpable que un culpable pueda ser culpable!».

Las miradas se centran en él, en Cromwell. Rafe Sadler, a su lado, está tenso de cólera.

—Es una bonita historia —le dice a Weston— pero yo os pregunto: ¿dónde está escrita? Deberíais saber que mi señor se atiene siempre a la ley en sus relaciones con los tribunales.

—Vos no estabais allí —dice Francis Weston—. Se lo oí contar a uno de aquellos jurados. Gritaron: «Fuera con él, que se lleven al traidor y que nos traigan una pata de carnero». Y Thomas Moro fue conducido al patíbulo.

—Parece que lo lamentéis —dice Rafe.

—Yo no. —Weston alza las manos—. La reina Ana dice que la muerte de Moro debe ser una advertencia para todos esos traidores, que aunque su fama no sea tan grande, ni tan encubierta su traición, Thomas Cromwell los descubrirá.

Hay un murmullo de asentimiento; piensa un instante que los presentes se volverán hacia él y le aplaudirán. Luego lady Margery se lleva un dedo a los labios, y

mueve la cabeza señalando al rey. Sentado a la cabecera de la mesa, ha empezado a inclinarse a la derecha; sus párpados, cerrados, aletean, y su respiración es profunda y tranquila.

Los presentes intercambian sonrisas. «Se ha emborrachado de aire fresco», susurra Tom Seymour.

Es un cambio respecto a lo de estar borracho por beber; el rey, estos días, pide la jarra de vino más a menudo de lo que lo hacía en su enjuta y deportiva juventud. Él, Cromwell, observa cómo Enrique oscila en su asiento. Primero hacia delante, como para apoyar la frente en la mesa. Luego da un respingo y se echa hacia atrás. Le corre por la barba un hilillo de baba.

Éste sería el momento de Harry Norris, jefe de los gentilhombres de la cámara privada; Harry con paso leve y manos suaves que no juzgan, hace despertar con un murmullo a su soberano. Pero Norris está de viaje, ha llevado la carta de amor del rey a Ana. ¿Qué hacer, pues? Enrique no parece un niño cansado, como podría haber parecido hace cinco años. Parece un hombre cualquiera de mediana edad, al que el torpor domina tras una comida demasiado pesada; parece congestionado e hinchado, y le resalta aquí y allá una vena, e incluso puedes ver a la luz de la vela que su cabello lacio está encaneciendo. Él, Cromwell, hace un gesto al joven Weston.

—Francis, es necesario vuestro toque de caballero.

Weston finge no oírle. Mira al rey y hay en su rostro una clara expresión de repugnancia. Tom Seymour cuchichea:

—Creo que deberíamos hacer algún ruido. Despertarle de forma natural.

Tom remeda el gesto de sujetarse las costillas de risa.

Edward enarca las cejas.

—Reíos, si os atrevéis. Pensará que os reís de que se le cae la baba.

El rey empieza a roncar. Se inclina hacia la izquierda. Se proyecta peligrosamente sobre el brazo de su asiento.



Weston dice:

—Hacedlo vos, Cromwell. Sois el que más influencia tiene sobre él.

Él mueve la cabeza, sonriendo.

—Dios valga a Su Majestad —dice piadosamente sir John—. No es ya tan joven como era.

Jane se levanta. Tieso murmullo de brotes de clavel. Se inclina sobre la silla del rey y le da un golpecito en el dorso de la mano: con viveza, como si estuviese tanteando un queso. Enrique da un respingo y abre los ojos.

—No estaba dormido —dice—. De veras. Sólo estaba dando un poco de descanso a los ojos.

Cuando el rey se ha ido arriba, Edward Seymour dice:

—Señor secretario, ha llegado la hora de mi venganza.

Retrepándose en su asiento, el vaso en la mano:

—¿Qué os he hecho yo? —dice él.

—Una partida de ajedrez. En Calais. Sé que os acordáis.

Final de otoño, el año 1532: la noche que el rey se fue por primera vez a la cama con la que es reina ahora. Antes de acostarse con él, Ana le hizo jurar sobre la Biblia que se casaría con ella en cuanto volviesen a pisar suelo inglés; pero las tormentas les mantuvieron atrapados en el puerto y el rey hizo buen uso del tiempo, intentando conseguir un hijo de ella.

—Me disteis jaque mate, señor Cromwell —dice Edward—. Pero sólo porque conseguisteis distraerme.

—¿Cómo lo conseguí?

—Me preguntasteis por mi hermana Jane. Qué edad tenía y cosas así.

—Creísteis que yo estaba interesado en ella.

—¿Y lo estáis? —Edward sonrío, para quitarle filo a una pregunta tan directa—. Aún no ha sido pedida, ¿sabéis?

—Sacad las piezas —dice él—. ¿Os gustaría que estuviese el tablero como estaba cuando tuvisteis aquella distracción?

Edward le mira, cuidadosamente inexpresivo. En la memoria de Cromwell hay cosas increíbles relacionadas. Sonríe para sí. Podría colocar las piezas en el tablero casi sin pensarlo; sabe el tipo de juego que hace un hombre como Seymour.

—Deberíamos empezar de nuevo —sugiere—. El mundo sigue en movimiento. ¿Os satisfacen las normas de Italia? No me gustan esas partidas que se prolongan una semana.

Las jugadas de apertura de Edward muestran cierta audacia. Pero luego, con un peón blanco sostenido entre las yemas de los dedos, se retrepa en su asiento, frunce el ceño y empieza a hablar de san Agustín; luego, pasa de san Agustín a Martín Lutero.

—Es una doctrina que llena de miedo el corazón —dice—. Que Dios nos hizo sólo para condenarnos. Que sus pobres criaturas, a excepción de unas cuantas, nacen sólo para luchar en este mundo, y luego el fuego eterno. A veces temo que sea verdad. Pero me doy cuenta de que tengo la esperanza de que no lo sea.

—Martín el Gordo ha modificado su posición. O eso me han dicho. Y en favor nuestro.

—Entonces, ¿qué?, ¿nos salvamos más criaturas? ¿O nuestras buenas obras no son del todo inútiles ante Dios?

—No debería hablar yo por él. Tendrías que leer a Felipe Melanchton. Os enviaré su nuevo libro. Espero que nos visite, que venga a Inglaterra. Estamos hablando con su gente.

Edward se lleva a los labios la cabecita redonda del peón. Como si se propusiera darse golpecitos en los dientes con ella.

—¿Permitirá eso el rey?

—Al hermano Martín no le dejaría entrar. No le

gusta que se mencione su nombre. Pero Felipe es un hombre mucho más flexible, y sería bueno para nosotros, sería muy bueno si tuviésemos que establecer alguna alianza útil con los príncipes alemanes que están a favor del Evangelio. Al emperador le daría miedo que tuviésemos amigos y aliados en sus propios dominios.

—¿Y eso es todo lo que significa para vos? —El caballo de Edward está saltando cuadros—. ¿La diplomacia?

—Me encanta la diplomacia. Es barata.

—Pero dicen que vos amáis también el Evangelio.

—No es ningún secreto —frunce el ceño—. ¿Queréis realmente hacer eso, Edward? Veo el camino abierto hacia vuestra reina. Y no me gustaría aprovecharme de nuevo de vos, y que luego digáis que os distraje de la partida con pequeños comentarios sobre el estado de vuestra alma.

Una sonrisa torcida.

—¿Y cómo está vuestra reina últimamente?

—¿Ana? Está enfadada conmigo. Siento que mi cabeza vacila sobre los hombros cuando me mira con dureza. Se ha enterado de que he hablado una o dos veces favorablemente de Catalina, la que fue reina.

—¿Y lo hicisteis?

—Sólo para admirar su espíritu. Que, nadie puede negarlo, se mantiene firme en la adversidad. Y la reina cree además que apoyo demasiado a la princesa Ana María... quiero decir, a lady María, como deberíamos llamarla ahora. El rey aún quiere a su hija mayor, dice que no puede evitarlo..., y eso ofende a Ana, porque ella pretende que la princesa Elizabeth sea la única hija que reconozca él. Piensa que somos demasiado blandos con María y que deberíamos obligarla a aceptar que su madre no estuvo nunca casada legalmente con el rey, y que ella es una bastarda.

Edward gira el peón blanco entre sus dedos, lo mira dubitativo, lo posa en su cuadrado.

—Pero ¿no es así como son las cosas? Yo creía que ya se lo habíais hecho reconocer.

—Resolvimos el asunto no planteándolo. Ella sabe que está apartada de la sucesión y yo no creo que se la pueda forzar más allá de ese punto. Como el emperador es sobrino de Catalina y primo de lady María, procuro no provocarle. Estamos en sus manos, ¿comprendéis? Pero Ana no entiende que es necesario aplacar a la gente. Ella cree que con hablarle con dulzura a Enrique ya está todo arreglado.

—Mientras que vos tenéis que hablar con dulzura a Europa. —Edward se ríe. Su risa tiene un tono herrumbroso. Sus ojos dicen: «Estáis siendo muy franco, señor Cromwell: ¿por qué?».

—Además —sus dedos revolotean sobre el caballo negro—, estoy haciéndome demasiado importante para el gusto de la reina, porque el rey delegó en mí para los asuntos de la Iglesia. Y ella quiere que Enrique sólo la escuche a ella misma y a su hermano George, y a monseñor, su padre, y hasta a su padre fustiga con la lengua, pues le llama cobarde e inútil.

—¿Y cómo se toma él eso? —Edward baja la vista hacia el tablero—. Oh...

—Echad un vistazo detenido —le insta—. ¿Queréis seguir jugando?

Cromwell echa las piezas a un lado, ahogando un bostezo.

—Y en ningún momento mencioné a vuestra hermana Jane, ¿verdad? Así que ¿cuál es vuestra excusa ahora?

Cuando sube al piso de arriba ve a Rafe y a Gregory saltando en círculo junto al ventanal. Cabriolean y forcejean, los ojos fijos en algo invisible que hay a sus pies. Al principio piensa que están jugando al fútbol sin balón. Pero luego saltan como bailarines y asestan patadas a aquella cosa, y ve que es larga y delgada: un hombre caí-

do. Se inclinan para pellizcarlo y pincharlo, para inmovilizarlo.

—Calma —dice Gregory—, no le partas el cuello aún, quiero verle sufrir.

Rafe alza la vista y finge enjugarse la frente. Gregory apoya las manos en las rodillas, recuperando el aliento, luego pateo a la víctima.

—Es Francis Weston. Cree que está ayudando al rey a acostarse, pero en realidad lo tenemos aquí, en forma fantasmal. Nos apostamos en una esquina y lo esperamos con una red mágica.

—Estamos castigándole. —Rafe se inclina—. Bueno, señor, ¿lo lamentaréis ahora? —Se escupe en las palmas—. ¿Qué hacemos ahora con él, Gregory?

—Alzarlo y tirarlo por la ventana.

—Cuidado —dice Cromwell—. Weston cuenta con el favor del rey.

—Pues que siga favoreciéndole cuando se quede con la cabeza plana —dice Rafe. Forcejean y se empujan, intentando ser el primero en aplastarle la cabeza a Francis. Rafe abre una ventana y se agachan los dos para alzar al fantasma y arrastrarlo por el alféizar. Gregory colabora más, desengancha la chaqueta, que se traba, y con un empujón lo lanza de cabeza hacia los adoquines. Se asoman a mirar.

—Rebota —observa Rafe, y luego se sacuden el polvo de las manos y le miran sonrientes.

—Que paséis buena noche, señor —dice Rafe.

Más tarde, Gregory se sienta a los pies de la cama en camisa de dormir, despeinado, sin zapatos, un pie descalzo arañando ociosamente la estera:

—¿Así que se me va a casar? ¿Se me va a casar con Jane Seymour?

—A principios de verano pensabas que iba a casarte con una viuda noble y vieja con un parque de ciervos.

—La gente se burla de Gregory: Rafe Sadler, Thomas Wriothesley, los otros jóvenes de su casa; su primo, Richard Cromwell.

—Sí, pero ¿por qué estabas hablando a última hora con su hermano? Primero el ajedrez y luego charla y charla y charla. Dicen que Jane te gustaba a ti.

—¿Cuándo?

—El año pasado. Te gustaba el año pasado.

—Si es así, lo he olvidado.

—Me lo dijo la esposa de George Bolena, lady Rochford. Dijo: «Es posible que consigáis una joven madrastra para Wolf Hall. ¿Qué te parecería eso?». Así que si Jane te gusta a ti —Gregory frunce el ceño— sería mejor que no se casase conmigo.

—¿Crees acaso que yo te robaría la novia? ¿Como el viejo sir John?

Una vez que tiene la cabeza en la almohada, dice:

—Cállate, Gregory.

Cierra los ojos. Gregory es un buen muchacho, aunque todo el latín que ha aprendido, todos los armoniosos periodos de los grandes autores, han cruzado por su cabeza y han salido de ella de nuevo, rodando como piedras. De todos modos, piensa en el hijo de Thomas Moro: vástago de un estudioso al que toda Europa admiraba y el pobrecillo apenas puede recitar a trompicones el *Pater noster*. Gregory es un excelente arquero, un magnífico jinete, una brillante estrella en el palenque de las justas y sus modales son impecables. Habla respetuosamente a sus superiores, no arrastra los pies ni se apoya sólo en una pierna, y es afable y educado con los que están por debajo de él. Sabe cómo hacer reverencias a los diplomáticos extranjeros a la manera de sus países, en la mesa no se remueve inquieto y se dedica a alimentar a los perros, puede trinchar cualquier ave si le piden que sirva a sus mayores. No haraganea por ahí con la chaqueta colgada de un hombro, ni mira en las ventanas para admirarse ni a su alrededor en la iglesia, no interrumpe a

los viejos, ni acaba sus historias por ellos. Si alguien estornuda, dice: «¡Cristo os valga!».

Cristo os valga, señor o señora.

Gregory levanta la cabeza.

—Thomas Moro... —dice—. Lo del jurado... ¿Fue eso de verdad lo que pasó?

Él había reconocido la historia del joven Weston: en un sentido amplio, aunque no asintiese al detalle. Cierra los ojos.

—Yo no tenía un hacha —dice.

Está cansado: le habla a Dios; dice: guíame, Dios. A veces cuando está al borde del sueño revolotea por su visión interna la gran presencia purpúrea del cardenal. Piensa que ojalá el muerto profetizara. Pero su viejo patrón sólo habla de cuestiones domésticas, de cuestiones administrativas. ¿Dónde puse esa carta del duque de Norfolk? Le preguntará al cardenal; y al día siguiente, temprano, vendrá a su mano.

Él habla interiormente: no le habla a Wolsey, sino a la esposa de George Bolena. «No tengo ningún deseo de casarme. No tengo tiempo. Fui feliz con mi esposa pero Liz está muerta y esa parte de mi vida está muerta con ella. ¿Quién en nombre de Dios, lady Rochford, os dio licencia para especular sobre mis intenciones? Señora, yo no tengo tiempo para cortejar. Tengo cincuenta años. A mi edad, uno tendría todas las de perder en un contrato a largo plazo. Si quisiese una mujer, mejor alquilarla en el momento.»

Pero procura no decir «a mi edad»: no en su vida de vigilia. En un día bueno piensa que aún le quedan veinte años. Piensa a menudo que verá a Enrique fuera del trono, aunque en rigor no está permitido tener ese tipo de pensamientos; hay una ley contra las especulaciones sobre la duración de la vida del rey, aunque Enrique se ha dedicado toda la vida a estudiar formas originales de morir. Ha tenido varios accidentes de caza. Cuando era aún menor de edad, el Consejo Real le prohibió participar en

las justas, pero aun así lo hizo, ocultando la cara con el yelmo y con una armadura sin divisa, demostrando una y otra vez ser el más fuerte en la liza. En la guerra contra los franceses se ha comportado honrosamente, y, como dice él a menudo, tiene un carácter belicoso; se le conocería sin duda como Enrique el Valiente si no fuese porque Thomas Cromwell dice que no puede permitirse una guerra. El coste no es la única consideración: ¿qué será de Inglaterra si Enrique muere? Estuvo veinte años casado con Catalina, este otoño hará tres con Ana, nada que mostrar más que una hija de cada una de ellas y todo un cementerio de niños muertos, unos medio formados y bautizados con sangre, otros nacidos vivos pero muertos a las pocas horas, o en unos días o unas semanas como máximo. Todo el alboroto, el escándalo, de su segundo matrimonio y Enrique todavía no tiene ningún hijo que le suceda. Tiene un bastardo, Harry, duque de Richmond, un muchacho excelente de dieciséis años: pero ¿de qué le sirve a él un bastardo? ¿De qué le sirve la niña de Ana, la infanta Elizabeth? Ha de idearse algún mecanismo especial para que Harry Richmond pueda reinar, para que todo le vaya bien a su padre. Él, Thomas Cromwell, se lleva muy bien con el joven duque; pero esta dinastía, aún nueva por lo que a las realezas se refiere, no está lo suficientemente asentada para sobrevivir a una prueba como ésta. Los Plantagenet fueron reyes una vez y piensan que serán reyes de nuevo; piensan que los Tudor son un intermedio. Las viejas familias de Inglaterra están inquietas y dispuestas a hacer valer sus derechos, sobre todo desde que Enrique rompió con Roma; doblan la rodilla, pero están conspirando. Casi puede oírlos, escondidos entre los árboles.

«Podéis encontrar una novia en el bosque», había dicho el viejo Seymour. Cuando cierra los ojos ella se desliza detrás de ellos, velada de telarañas y salpicada de rocío. Tiene los pies descalzos, enredados en raíces, su cabello vuela entre las ramas; su dedo, que le llama, es una hoja



rizada. Le señala, mientras el sueño se apodera de él. Su voz interior se burla ahora: «Creíste que íbas a tener una fiesta en Wolf Hall. Creíste que no habría nada que hacer más que los asuntos habituales, guerra y paz, hambre, connivencia traidora; una cosecha fallida, un pueblo obstinado; la peste arrasando Londres y el rey perdiendo la camisa a las cartas. Estabas preparado para eso».

En el borde de su visión interna, detrás de los ojos cerrados, percibe algo en el acto de llegar a ser. Llegará con la luz de la mañana; algo que cambia y respira, su forma disfrazada en una arboleda o un bosquecillo.

Antes de dormirse piensa en el sombrero del rey en un árbol a media noche, posado como un ave del paraíso.

Al día siguiente, como para no cansar a las damas, acortan la diversión de la jornada y regresan temprano a Wolf Hall.

Para él es una oportunidad de quitarse las prendas de montar y sumergirse en los despachos. Tiene esperanzas de que el rey se siente una hora y escuche lo que tiene que contarle él. Pero Enrique dice: «Lady Jane, ¿pasearéis por el jardín conmigo?».

Ella se levanta inmediatamente; pero con el ceño fruncido, como si intentase entender el sentido. Mueve los labios, repite casi sus palabras: ¿Pasear..., Jane?... ¿Por el jardín?

Oh, sí, por supuesto, muy honrada. Su mano, un pétalo, revolotea sobre la manga de él; luego desciende, y la carne roza el bordado.

Hay tres jardines en Wolf Hall, y se llaman el gran jardín vallado, el jardín de la vieja dama y el jardín de la dama joven. Cuando él pregunta quiénes eran, nadie se acuerda; la vieja dama y la joven dama hace mucho que son polvo, nada las diferencia ya. Él recuerda su sueño: la novia hecha de raíces, la novia compuesta de mantillo.

Lee. Escribe. Algo atrae su atención. Se levanta y

mira por la ventana los senderos de abajo. Los paños son pequeños y hay en el cristal una burbuja, así que ha de estirar el cuello para tener una vista adecuada. Piensa: «Podría mandar a mis vidrieros aquí, para ayudar a los Seymour a tener una idea más clara del mundo». Tiene un equipo de holandeses que trabajan para él en sus propiedades. Trabajaron antes para el cardenal.

Enrique y Jane pasean por abajo. Enrique es una figura enorme y Jane es como una muñequita con articulaciones, su cabeza no llega a los hombros del rey. Enrique, un hombre ancho, un hombre alto, domina cualquier habitación en la que esté. Lo haría aunque Dios no le hubiese otorgado el don de la realeza.

Ahora Jane está detrás de un seto. Enrique cabecea hacia ella; le está hablando; está convenciéndola de algo, y él, Cromwell, observa, rascándose la barbilla: ¿se le está haciendo al rey la cabeza más grande? ¿Es eso posible en la mediana edad?

Hans lo habrá notado, piensa, le preguntaré cuando vuelva a Londres. Lo más probable es que me equivoque; probablemente sea sólo el cristal.

Aparecen nubes. Una lluvia intensa golpea el paño de cristal; parpadea; la gota se ensancha, resbala por los cristales. Jane se asoma a su campo de visión. Henry tiene asida firmemente en su brazo la mano de ella y la atrapa con su otra mano. Puede ver la boca del rey, moviéndose aún.

Vuelve a su asiento. Lee que los constructores que trabajan en las fortificaciones de Calais han posado las herramientas y están exigiendo seis peniques al día. Que su nuevo abrigo de terciopelo verde llegará a Wiltshire con el próximo correo. Que un cardenal de los Médici ha sido envenenado por su propio hermano. Bosteza. Lee que los acaparadores de la isla de Thanet están subiendo deliberadamente el precio del grano. Personalmente, ahorcaría a los acaparadores, pero el jefe de ellos podría ser algún pequeño lord que esté fomentando el hambre

para obtener un buen provecho, así que tienes que andar con ojo y mirar dónde pisas. Hace dos años, en Southwark, siete londinenses murieron pisoteados luchando por una ración en un reparto de pan. Es una vergüenza para Inglaterra que los súbditos del rey tengan que pasar hambre. Toma la pluma y escribe una nota.

Muy pronto (ésta no es una casa grande, puedes oírlo todo), una puerta abajo y la voz del rey y un murmullo suave y solícito alrededor de él..., ¿los pies mojados, Majestad? Los pasos ruidosos de Enrique aproximándose, pero parece que Jane se ha esfumado sin un sonido. Seguro que su madre y sus hermanas la han llevado aparte, para que les cuente todo lo que le dijo el rey.

Cuando Enrique llega detrás de él, echa hacia atrás la silla para levantarse. Enrique hace un gesto con la mano: continuad. «Majestad, los moscovitas se han apoderado de trescientas millas de territorio polaco. Dicen que han muerto cincuenta mil hombres.»

—Oh... —dice Enrique.

—Espero que respeten las bibliotecas. A la gente docta. Hay mucha gente docta magnífica en Polonia.

—¿Sí? Yo también lo espero.

Vuelve a sus despachos. Peste en los pueblos y en las ciudades..., el rey está siempre muy temeroso de las infecciones... Cartas de soberanos extranjeros, que quieren saber si es cierto que Enrique está pensando en cortarles la cabeza a todos sus obispos. Desde luego que no, comenta, ahora tenemos obispos excelentes, todos ellos conformes con los deseos del rey, todos lo reconocen como jefe de la Iglesia de Inglaterra; además, ¡qué pregunta tan descortés! ¿Cómo se atreven a insinuar que el rey de Inglaterra debería explicarse ante una potencia extranjera? ¿Cómo se atreven a impugnar su juicio soberano? El obispo Fisher, ciertamente, está muerto, y Thomas Moro, pero el trato que les dispensó Enrique, antes de que le forzaran a tomar medidas extremas, fue hasta demasiado suave; si no hubiesen mostrado una obstinación

traidora, estarían ahora vivos, vivos como vos y como yo.

Ha escrito muchísimas cartas como éstas, desde julio. No consigue parecer demasiado convincente, ni siquiera a sí mismo se lo parece; se da cuenta de que repite las mismas cosas, en vez de ampliar la argumentación hacia un nuevo territorio. Necesita nuevas frases... Enrique pasea detrás de él.

—Majestad, el embajador imperial Chapuys pregunta si puede ir a visitar a vuestra hija, lady María.

—No —dice Enrique.

Escribe a Chapuys: «*Esperad, sólo esperad, hasta que yo regrese a Londres, entonces todo se arreglará*»...

Ni una palabra del rey: sólo su respiración, sus pasos, el crujido de un armario cuando se apoya en él.

—Majestad, parece que el alcalde de Londres apenas sale de casa, está aquejado de migraña.

—¿Sí? —dice Enrique.

—Están sangrándole. ¿Es lo que Vuestra Majestad aconsejaría?

Una pausa. Enrique se centra en él, con cierto esfuerzo.

—¿Sangrándole? Perdonad, ¿para qué?

Esto es extraño. Por mucho que aborrezca las noticias de la peste, a Enrique siempre le gusta enterarse de los pequeños males de otras personas. Confiesa un moqueco o un cólico, y es capaz de preparar una poción de hierbas con sus propias manos y plantarse delante de ti para ver cómo la bebas.

Él posa la pluma. Se vuelve a mirar a su rey a la cara. Es evidente que el pensamiento de Enrique está otra vez en el jardín. El rey tiene una expresión que él ha visto antes, aunque en un animal, más que en un hombre. Parece anonadado, como el ternero al que el carnicero ha asestado un golpe en la cabeza.

Va a ser la última noche en Wolf Hall. Baja muy temprano, los brazos llenos de papeles. Alguien se ha levanta-

tado antes que él. Inmóvil en el gran vestíbulo, una pálida presencia a la luz lechosa, está Jane Seymour vestida con sus tiesas galas. No vuelve la cabeza para mirarle, pero le ve por el rabillo del ojo.

Si ha tenido algún sentimiento hacia ella, no es capaz de hallar ahora rastros de él. Los meses corren, alejándose de uno como un remolino de hojas otoñales que rueda y se desliza hacia el invierno; el verano se ha ido, la hija de Thomas Moro ha recogido su cabeza del puente de Londres y la conserva, en un plato o un cuenco, Dios sabe, y le reza sus oraciones. Él no es el mismo hombre que era el año anterior, y no reconoce los sentimientos de ese hombre que fue; está empezando de nuevo, siempre ideas nuevas, sentimientos nuevos. Jane, empieza a decir, seríais capaz de dejar vuestro mejor vestido, os gustaría que nos viésemos en el camino...

Jane mira al frente, como un centinela. Las nubes se han ido durante la noche. Tal vez tengamos un día mejor. El sol matutino acaricia los campos, con un tono rosado. Se esfuman los vapores de la noche. Nadan las formas de árboles en su individualidad. La casa despierta. Caballos no estabulados corretean y relinchan. Suena un portazo atrás. Crujen sobre ellos pisadas. Jane apenas parece respirar. Ningún ascenso y descenso perceptibles en ese pecho liso. Él siente que debería volver sobre sus pasos, retirarse, desvanecerse en la noche otra vez y dejarla allí en el momento que ella ocupa: mirando a Inglaterra.